

# La Dos Corrupciones: Supervivencia y Privilegio en la Crisis Peruana

Por Jagalit 07.10.2025



En el corazón de la crisis peruana late una paradoja que la mayoría comprende, pero que pocos osan nombrar: existen dos corrupciones. Una que nace de la necesidad y otra que emana del privilegio. Mientras el discurso público las confunde, el ciudadano de a pie las vive y las distingue con claridad dolorosa.

Durante décadas, para millones de peruanos, la figura del "cuello blanco" no fue la de un delincuente, sino la de un salvador. Era el familiar que, con un llamado telefónico, liberaba a un hijo de una comisaría arbitraria; el funcionario que agilizaba un trámite vital atrapado en la burocracia. Esta era la corrupción de la supervivencia, el "Robin Hood" imperfecto de un pueblo que aprendió a navegar un Estado que lo abandonaba. Era un mal menor, pero humano; un acto de solidaridad en un sistema fallido.

Sin embargo, en las altas esferas de la "mafiosa casta caviar", opera una corrupción de naturaleza distinta y moralmente más repulsiva. No es la del que recurre a un contacto para salvar a un familiar, sino la del que frunce el ceño y exige: "¿Tú sabes quién soy yo?". Aquí, la corrupción no es un recurso para sortear la injusticia, sino la expresión máxima de un privilegio heredado. Es la arrogancia de quienes consideran la ley solamente aplicada para los plebeyos.

Esta élite burocrática y política ha convertido el Estado en su feudo. Sus faltas no son delitos, sino "pecados veniales": transgresiones que se absuelven con una llamada, se borran con un apellido o se negocian en los pasillos del poder. Mientras el ciudadano común carga con el peso de la ley, esta casta vive en un Perú paralelo de contratos amañados, licitaciones direccionaladas y jueces complacientes.

El cinismo mayor llega cuando esta misma casta, que durante años operó en las sombras, secuestra la bandera de la lucha anticorrupción. Medicinalizan el término "cuello blanco" y convierten la justicia en un arma de guerra política, persiguiendo selectivamente a sus adversarios mientras blindan su propia impunidad. Han descubierto que, en la era

moderna, controlar los tribunales es más rentable que controlar los contratos, es decir descubrieron un juego más rentable: no solo usar el poder, sino controlar la justicia misma. Esta es la verdadera fractura del Perú. No es solo entre ricos y pobres, ni entre izquierda y derecha. Es la grieta entre quienes creen que la ley debe ser igual para todos y quienes susurran, con desdén aristocrático, que el país existe para servirlos. Nos han hecho creer que los pobres podemos ser, irónicamente, de derecha o de izquierda, y vivir en los cerros con la esperanza de salir de allí algún día, a cambio de defender a la casta caviar incluso con la vida. Nos convierten en carne de cañón de una guerra ideológica que solo sirve para distraernos del verdadero saqueo: el de ellos.

La solución, por lo tanto, no puede ser simple. No basta con llenar las cárceles con delincuentes callejeros, ni con perseguir mediáticamente a unos cuantos "cuellos blancos" convenientemente seleccionados. La auténtica batalla, la única que puede salvar a la nación, es vaciar las instituciones de esta cultura de privilegio, de los de saco y corbata, de la casta caviar. Es reconstruir un Estado donde la justicia no dependa del apellido, donde el trámite funcione sin palanca, y donde el único "¿tú sabes quién soy yo?" que valga sea el de un ciudadano común reclamando sus derechos.

Es una batalla larga, inteligente y silenciosa, no por venganza, sino por limpieza moral. Exactamente como el GEIN lo hizo contra el terrorismo de Sendero Luminoso, ahora es contra el terrorismo caviar. Es el horizonte de un Perú donde la ley, al fin, deje de ser una cuerda que solo ata a los de abajo.